

La tortura estadounidense: Testimonios sobre los lugares secretos

Por Mark Danner

Traducido del inglés para La Haine por Felisa Sastre

The New York Review of Books

<http://www.nybooks.com:80/articles/22530>

Informe del Comité Internacional de la Cruz Roja sobre el trato recibido por catorce “presos de gran importancia” bajo custodia de la CIA. Febrero de 2007, 43 pp.

Necesitamos llegar al fondo de lo sucedido- y de su porqué- para estar seguros de que no volverá a ocurrir jamás.¹

- Senador Patrick Leahy, presidente del Comité del Senado para Asuntos Judiciales-

1.

Creíamos que el tiempo y las elecciones limpiarían lo ocurrido en el pasado pero no ha sido así. Desde noviembre, George W. Bush y su gobierno daban la impresión de estarse precipitando fuera de nuestras vidas a pasos agigantados, como un oscuro cometa deslizándose a toda velocidad hacia los límites del Universo. La frase “guerra contra el terrorismo”- eslogan emblemático de aquel gobierno, tan querido por el hombre que orgullosamente proclamaba que era “un presidente para la guerra”- ha tomado en su acepción un permanente par de notas distintivas, sugiriendo algo cuestionable, algo levemente embarazoso, algo que superar. Y en efecto, las decisiones tomadas por el presidente, en especial las tremendas decisiones adoptadas tras el atentado del 11 de septiembre de 2001- decisiones sobre la subordinación, la vigilancia, los interrogatorios- continúan siendo mentiras inoculadas en nosotros hasta hoy, incontestadas e insepultas, como cadáveres recién fallecidos.

¿Cómo deberíamos empezar a hablar de esto? Quizás con una historia. Las historias llegan a nosotros recién nacidas, anunciando su propósito: Érase una vez... al principio... Desde esos inicios sabemos cómo escuchar lo que viene a continuación. Veamos:

Me desperté, desnudo, atado con correas a una cama, en una pequeñísima habitación. La habitación medía aproximadamente 4 x 4 metros, y tenía tres sólidas paredes con una cuarta constituida por barras metálicas que la separaban de una habitación más amplia. No estoy seguro de cuánto tiempo permanecí en la cama...

Un hombre, desconocido, desnudo, atado con correas a la cama y, el resto: los hechos elementales del espacio y del tiempo, nada excepto vacío.

El que cuenta la historia es un auténtico hombre de nuestro tiempo. Al inicio de la guerra “contra el terrorismo”, en la primavera de 2002, entró en el oscuro reino de “los desaparecidos” y sólo cuatro años y medio después, cuando él y otros trece “presos de gran importancia” llegaron a Guantánamo y contaron sus historias en entrevistas con

¹ Véase, “Restoring Trust in the Justice System: The Senate Judiciary Committee's Agenda in the 111th Congress,” 2009 Marver Bernstein Lecture, Georgetown University, February 9, 2009.

representantes del Comité Internacional de la Cruz Roja (recogidas en el informe confidencial registrado al final), han salido parcialmente a la luz pública. Ahora es una celebridad internacional, aunque su fama ha seguido un cierto modelo, peculiar en nuestra moderna época: jihadista, ilegal, terrorista, “desaparecido”. Una celebridad internacional cuyo nombre, uno cualquiera, eso no importa, es reconocido instantáneamente. ¿Cuántas personas han visto sus vidas descritas así por el presidente de Estados Unidos en un discurso televisado?

En el mes de septiembre de 2001, capturamos a un hombre conocido como Abu Zubaydah. Creíamos que Zubaydah era uno de los principales líderes terroristas y un socio acreditado de Osama Bin Laden... Zubaydah resultó gravemente herido durante el tiroteo que consiguió arrestarlo- y sobrevivió sólo gracias a los cuidados médicos proporcionados por la CIA.²

Una historia dramática: una gran noticia. Herido en un tiroteo en Faisalabad, Pakistán, con tiros en el estómago, ingle y muslo, tras saltar de una azotea en un intento desesperado de escapar, tuvo una gran pérdida de sangre. Conducido a un hospital en Lahore. Un cirujano traumatólogo de la Universidad Johns Hopkins, despertado por una llamada telefónica nocturna del director de la CIA, voló con gran secreto a la otra parte del mundo. El herido escapó de milagro a la muerte, y estabilizado lentamente fue traslado en secreto a una base militar en Tailandia. Después a otra base en Afganistán ¿O era realmente Afganistán?

No lo sabemos con exactitud. Porque desde el momento de su dramática captura, el 28 de marzo de 2002, el hombre conocido como Abu Zubaydah, se vio desplazado desde un mundo clandestino, el que habían construido los responsables de Al-Qaeda en los días posteriores al 11 de septiembre, a otro, “una red internacional oculta” dedicada a las detenciones e interrogatorios secretos creada por la Agencia Central de Inteligencia a las órdenes directas del presidente George W. Bush en un “Memorandum of Understanding” [acuerdo] firmado el 17 de septiembre de 2001.

Este sistema secreto incluía cárceles en bases militares por todo el mundo, desde Tailandia y Afganistán a Marruecos, Polonia y Rumania- “en ciertos momentos, según se ha informado, “en ocho países”- en las cuales, en un momento u otro, más de un centenar de prisioneros... desaparecieron.³ La red secreta de internamiento en “sitios oscuros” disponía de su propia fuerza aérea y de sus propios “procedimientos de traslados”, que eran, según los redactores del informe del CICR “bastante estandarizados en la mayoría de los casos:

El detenido debía ser fotografiado, vestido y desnudo, antes y después del traslado. Se les realizaba un tacto rectal y algunos prisioneros declararon que se les administró un supositorio (cuyo clase y efecto les eran desconocidos) en el momento del traslado. El prisionero tenía que llevar un pañal e iba vestido con

² Véase "[President Discusses Creation of Military Commissions to Try Suspected Terrorists](#)," September 6, 2006, East Room, White House, available at cfr.org.

³ Véase , Dana Priest, "[CIA Holds Terror Suspects in Secret Prisons](#)," *The Washington Post*, November 2, 2005.

un chándal. Se les colocaba auriculares a través de los cuales a veces sonaba música. Se les vendaba los ojos al menos con una tela alrededor de la cabeza y gafas negras. Además, algunos prisioneros alegaron que se les colocaba una tela de algodón en los ojos antes de vendárselos y de ponerles las gafas...

El prisionero debía llevar grilletes en manos y pies y era transportado al aeropuerto y subido al avión. Generalmente, era trasladado en una posición reclinada con su manos con los grilletes encima. La duración del viaje... iba de una hora hasta más de veinticuatro y hasta treinta horas. No se le permitía ir a los lavabos y si era necesario le obligaban a defecar en el pañal.

Uno tiene que hacer trabajar la imaginación para intentar reflejar lo que ocurría en aquel lugar: oscuridad en lugar de luz. Silencio- o “a veces” música ruidosa- en lugar de los sonidos de la vida. Grilletes, y guantes a veces, en lugar de la posibilidad de sentir y tocar. La sensación metálica en las muñecas y tobillos, algodón en los ojos, tela en el rostro, heces y orina en la piel. En “algunos casos” los prisioneros eran transportados tendidos en el suelo del avión... con sus manos atadas a la espalda, “lo que les causaba gran dolor e incomodidad” mientras se les trasladaba de un lugar desconocido a otro.

Por su parte, Abu Zubaydah- de treinta y un años, de nombre Zein al-Abedeen Mohammad Hassan, nacido en Riad, Arabia Saudí, aunque proveniente de la franja de Gaza

Reveló que durante uno de los traslados, al venderle los ojos le ataron muy fuerte lo que le causó heridas en la nariz y oídos. No supo cuánto duró el traslado, pero antes del viaje las autoridades le dijeron que iba a hacer una viaje que podría durar entre veinticuatro y treinta horas.

Un viaje largo: ¿Quizás a Guantánamo? ¿o a Marruecos? Al parecer a Tailandia. ¿O fue a Afganistán? Él cree que a este último país pero no está seguro...

2.

Todo clasificado, compartimentalizado, total, totalmente secreto. Pero ¿qué quiere decir “secreto” exactamente? En nuestra reciente política, la palabra “secreto” se ha convertido en una palabra compleja y extraña. ¿Para quién fue “el bombardeo secreto” de Camboya un secreto? Con toda seguridad, no para los camboyanos. ¿Para quiénes fue un secreto la existencia de esas “instalaciones secretas en el exterior”? No para los terroristas, seguramente. Para los estadounidenses, es probable. Por otra parte, ya en 2002, cualquier persona interesada podía leer en la primera página de uno de los principales periódicos del país:

Estados Unidos censura los maltratos pero defiende los interrogatorios: Presiones y coacciones. Tácticas utilizadas contra los sospechosos de terrorismo detenidos en instalaciones secretas de ultramar.

En el interior profundo de la zona de acceso prohibido de la ocupada base aérea de Bagram en Afganistán, alrededor de la esquina del centro de detención y más

allá de las unidades militares clandestinas, se encuentra un grupo de contenedores de metal protegidos por una triple alambrada. Los contenedores albergan los mejores trofeos de la guerra contra el terrorismo: operativos de al-Qaeda capturados y jefes Talibán...

“Si tú no violas alguno de los derechos humanos en algún momento, probablemente no estás haciendo bien tu trabajo” ha declarado un responsable de los que supervisaban la captura y traslado de acusados de terrorismo.”

“No creo que queramos promover la idea de tolerancia cero en este tema. Ese ha sido durante mucho tiempo el verdadero problema de la CIA...”

Este larguísimo artículo de Dana Priest y Barton Gellman, fue publicado en *The Washington Post* el 26 de diciembre de 2002, sólo meses después de la captura de Abu Zubaydah. Un informe, similar en extensión, apareció pocos meses después en la portada del *New York Times* (*Interrogations: Questioning Terror Suspects in a Dark and Surreal World* [Interrogatorios a los sospechosos de terrorismo en un mundo oscuro y surrealista.]) El tono desenfadado y agresivo de los funcionarios citados. “Nosotros no los maltratábamos. Los enviábamos a otros países para que ellos pudieran maltratarlos”, indica un auténtico talante político, en el que un prestigioso escritor se basó para titular en su columna semanal en una revista de ámbito nacional, “Time to Think About Torture” [Ha llegado el momento de hablar de la tortura], subrayando en el subtítulo que en este “nuevo mundo... la supervivencia precisa de viejas técnicas que parecían inadmisibles”.⁴

Así que hay secretos y secretos. Y cuando, en un soleado y brillante día hace dos años, justo antes del quinto aniversario del atentado del 11 de septiembre, el presidente de Estados Unidos irrumpió de una zancada en el ala Este de la Casa Blanca e informó a funcionarios de alto nivel, dignatarios y familias de los supervivientes del 11 de septiembre, especialmente invitadas y reunidas ante él, de que el gobierno de Estados Unidos había creado un universo oscuro y secreto para retener e interrogar a los terroristas capturados- o, en palabras del presidente, “un entorno donde se les puede mantener en secreto e interrogar por expertos”- no estaba revelando un secreto sino convirtiendo un conocido y bien documentado hecho en una verdad confirmada oficialmente:

Además de los terroristas detenidos en Guantánamo, un pequeño número de sospechosos, dirigentes y operativos terroristas, capturados durante la guerra han sido retenidos e interrogados fuera de Estados Unidos, en el marco de un programa independiente de la CIA... Muchas características de este programa, incluidos dónde se encuentran estos prisioneros y los detalles de su confinamiento, no pueden divulgarse...

Sabíamos que Abu Zubaydah tenía mucha información que podría salvar vidas inocentes, pero dejó de hablar... de forma que la CIA se valió de una serie de procedimientos alternativos. Esos procedimientos se diseñaron para que

⁴ Véase, Jonathan Alter, “Time to Think About Torture: It’s a New World, and Survival May Well Require Old Techniques That Seemed Out of the Question,” *Newsweek*, November 5, 2001. See also Raymond Bonner, Don Van Natta Jr., and Amy Waldman, “Interrogations: Questioning Terror Suspects in a Dark and Surreal World,” *The New York Times*, March 9, 2003.

resultaran seguros y para cumplir con nuestras leyes, nuestra Constitución y nuestras obligaciones internacionales. El Departamento de Justicia revisó exhaustivamente los métodos autorizados y determinó que eran legales. No puedo describir los métodos específicos utilizados- Creo que ustedes entenderán por qué...

Yo estaba aquel día viendo en directo la emisión y recuerdo el extraño sentimiento que me asaltó al escuchar al presidente exponer las virtudes de aquella “serie de procedimientos alternativos”; lo vi una vez más mirar directamente a la cámara, con orgullosa concentración y un énfasis exagerado en el tono: “ Estados Unidos no tortura. Es algo que va contra nuestras leyes y contra nuestros valores. No lo he autorizado y no lo voy a autorizar”. Él se había auto convencido, pensé, de que lo que decía era verdad.

Este discurso, aunque no muy destacado en aquellos tiempos, seguirá siendo, creo, el más importante de George W. Bush: quizás el único discurso “histórico” que pronunció. Al hablar de su versión de la historia de Abu Zubaydah, y de las de Khaled Shaik Mohamed y otros, el presidente afrontó muchos hechos ya conocidos, pero no reconocidos, y mediante la fuerza mágica de la voz del líder, los transformó en hechos consumados. Él, asimismo, en su ferviente defensa de la “serie de procedimientos alternativos” de su gobierno y su igualmente vehemente rechazo a que ello constituyera “tortura”, expuso ante el país y ante el mundo la oscura moral épica del gobierno Bush, en cuyos enredos contradictorios todavía nos encontramos. A finales de ese mismo mes, el Congreso, que se enfrentaba a las elecciones intermedias, aprobó como estaba previsto, la Ley de prerrogativas militares del presidente, que, entre otras cosas, le permitía librar del procesamiento a quienes hubieran aplicado la “serie de procedimientos alternativos”, aprobada, según dijo el presidente “de una forma cuidadosa y profesional”.

Al mismo tiempo, quizás inconscientemente, el presidente Bush hizo posible aquel día que aquellos que habían sufrido la “serie de procedimientos alternativos” pudieran hablar. Incluso antes de que el presidente expusiera ante el país su versión de lo que le había sucedido a Abu Zubaydah y a los demás y defendiera su necesidad, anunció que lo sacaría a él y a trece de sus compañeros “presos de gran relevancia” del oscuro mundo de los desaparecidos a la luz. O, mejor, al crepúsculo: los catorce fueron trasladados a Guantánamo, la principal prisión reconocida en el exterior donde, tan pronto como el Congreso autorice a actuar a las comisiones militares, he propuesto “que puedan comparecer ante la justicia”. Mientras tanto, los catorce “permanecerían en la instalación de alta seguridad de Guantánamo” y el Comité Internacional de la Cruz Roja “sería avisado de su detención y tendría la oportunidad de reunirse con ellos”.

Unas pocas semanas después, desde el 6 al 11 de octubre y más tarde desde el 4 al 14 de diciembre de 2006, responsables del Comité Internacional de la Cruz Roja- entre cuyas obligaciones oficiales y legales se encuentra la de vigilar el cumplimiento de las Convenciones de Ginebra y supervisar el trato dado a los prisioneros de guerra- viajaron a Guantánamo y empezaron a entrevistarse en privado todas aquellas personas” con el objetivo de redactar un informe que “facilitar una descripción del trato y las condiciones materiales de la cárcel para los catorce, durante el periodo en que la CIA los retuvo, “periodos que oscilaban entre 16 meses y casi cuatro años y medio”.

Tal como los entrevistadores del CICR informaron a los presos, su informe no iba a hacerse público, salvo “con la autorización de cada uno de los detenidos” y transmitido a las autoridades para ser entregado en estricto secreto a los altos responsables de la agencia gubernamental responsables de haberlos mantenido en prisión, en este caso la CIA, a cuyo consejero general, John Rizzo, se envió el informe el 24 de febrero de 2007. En efecto, aunque casi toda la información del documento contiene nombres, y aunque los anejos contienen extensas descripciones sacadas de las entrevistas con tres de los presos, cuyos nombres se citan, encontramos en varias ocasiones en el documento variaciones de esta fórmula: “Uno de los presos, que no quiere que su nombre sea comunicado a las autoridades, declara...” – lo que sugiere que al menos uno o quizás más de uno de los catorce, que al fin y al cabo estaban todavía “presos en una cárcel de alta seguridad en Guantánamo” estaban preocupados por las repercusiones que pudieran tener lo que dijese.

En prácticamente todos los casos, las alegaciones hechas eran repetidas por otro preso identificado; de hecho, dado que los detenidos estaban mantenidos “en un confinamiento aislado, continuado e incomunicado”, durante el tiempo pasado en los “agujeros negros” y estaban estrictamente separados, cuando llegaron a Guantánamo, la asombrosa semejanza de sus historias, incluso descendiendo a los pequeños detalles, resultaría extremadamente improbable, si no imposible, el que la hubieran inventado. El CIRC quiere subrayar, tal como nos dicen los redactores del informe en la introducción, “que la consistencia de las detalladas declaraciones facilitadas por separado por cada uno de los catorce, añade un valor fundamental a la información que se facilita seguidamente”.

El resultado es un documento- etiquetado como “confidencial” y claramente dirigido sólo a los altos funcionarios estadounidenses a quienes la CIA del sr. Rizzo iba a enseñar- que relata un tipo de historia, una narración de lo que sucedió en los “agujeros negros” y una descripción detallada, hecha por quienes los habían sufrido, de lo que el presidente de Estados Unidos describió a los estadounidenses como una “serie de procedimientos alternativos”. Se trata de un documento “imposible de dejar de leer” desde su primera página hasta a sus conclusiones duras e incuestionables.

Contenidos.

Introducción

1. Principales elementos del Programa de Detenciones de la CIA.
 - 1.1 Arrestos y traslados
 - 1.2 Confinamiento aislado continuado y detención incomunicada.
 - 1.3 Otros métodos de maltrato
 - 1.3.1 Simulación de asfixia por agua
 - 1.3.2 Posturas estresantes prolongadas
 - 1.3.3 Palizas con correas
 - 1.3.4 Golpes y patadas
 - 1.3.5 Confinamiento en un cajón
 - 1.3.6 Desnudez prolongada
 - 1.3.7 Privación del sueño y uso de música ruidosa
 - 1.3.8 Exposición a bajas temperaturas/ y al agua congelada

- 1.3.9 Uso prolongado de esposas y grilletes
- 1.3.10 Amenazas
- 1.3.11 Afeitado forzoso
- 1.3.12 Privación y restricción de alimentos sólidos
- 1.4 Otros elementos del régimen de detención...

Las alegaciones de maltrato de los detenidos indican que, en muchos casos, los maltratos a los que fueron sometidos mientras estuvieron retenidos en el programa de la CIA, bien solos o combinados, constituyeron tortura. Además, muchos otros elementos de maltrato, aislados o combinados, constituyen un trato cruel, inhumano o degradante.

Semejante claridad tajante, proveniente de la institución responsable de vigilar el cumplimiento de las Convenciones de Ginebra- en las que las palabras “tortura” y “trato cruel, inhumano y degradante” tienen una estricta definición legal, que no puede ser más significativa, o incluso más bienvenida después de años en los que el presidente de los Estados Unidos, confiaba en el poder de su cargo, bien para redefinir o para engañar sobre lo que eran relativamente palabras sencillas. “Este debate se produce”, tal como el presidente Bush dijo a los periodistas en el *Rose Garden* una semana después de pronunciar su discurso en el ala Este,

La Resolución del Tribunal Supremo afirma que debemos comportarnos de acuerdo con el Artículo III de la Convención de Ginebra. Y el artículo III dice que, ustedes lo saben, no se producirán ultrajes a la dignidad humana. Es, como diría... es muy vago. ¿Qué significa “ultrajes a la dignidad humana?”⁵

Al permitir a Abu Zubaydah y a los otros trece “prisioneros de gran importancia” contar sus propias historias, este informe consigue contestar, rotundamente, la pregunta del presidente.

3.

Volvamos a un hombre, Abu Zubaydah, un palestino que a sus treinta y un años, había vivido una existencia rodeada de conflictos inconcebibles para la sensibilidad estadounidense: la franja de Gaza, donde nacieron sus padres; Riad, Arabia Saudí, donde al parecer nació; Afganistán, bajo la ocupación soviética en donde se apuntó a la *yihad* contra los rusos, quizás con la ayuda, directa o indirecta, de los dólares estadounidenses; más tarde, Afganistán tras la retirada soviética, donde dirigió la logística y el reclutamiento de al-Qaeda, enviando a los aspirantes a *yihadistas* a los diversos campos de entrenamiento, y distribuyéndolos en células una vez formados. Se le captura, se le lleva a una casa segura en Faisalabad, gravemente herido por tres tiros procedentes de un AK-47. Trasladado al hospital de Faisalabad, y más tarde a un hospital militar en Lahore. Al abrir los ojos encontró junto a su cama a un estadounidense, John Kiriakou, de la CIA:

⁵ Véase, "[President Bush's News Conference](#)," *The New York Times*, September 15, 2006.

Le pregunté en árabe su nombre. Y movió la cabeza. Volví a preguntarle en árabe y entonces me contestó en inglés. Y me dijo que no quería hablarme en la lengua de Dios. Le contesté: “De acuerdo. Sabemos lo que haces”.

Entonces él me pidió que le asfixiara con la almohada y yo le dije que no, “tenemos otros planes para ti”⁶

Kiriakou y “el reducido grupo de agentes de la CIA y del FBI que le custodiaban “sabían que Abu Zubaydah era “el pez más gordo que hemos capturado. Sabemos que tiene mucha información... y queremos conseguirla”. Según Kiriakou, en una mesa de la casa donde lo encontraron, “Abu Zubaydah y dos hombres más estaban fabricando una bomba. La soldadora de hierro estaba todavía caliente. Y tenían planes de una escuela sobre la mesa...”. Los planes, declaró Kiriakou al corresponsal de la *ABC*, Brian Ross, eran los de la escuela británica en Lahore. Y su prisionero, estaban seguros, estaba “muy al corriente, en el puesto más alto del tratamiento de la información”.

Con la ayuda del cirujano traumatólogo estadounidense, los captores de Abu Zubaydah le cuidaron hasta que se repuso. Fue trasladado, al menos en dos ocasiones, en primer lugar, supuestamente a Tailandia; después, cree que Afganistán, probablemente a Bagram. En un lugar seguro en Tailandia empezaron los interrogatorios:

Me desperté, desnudo y atado con correas a la cama, en una habitación completamente vacía. La habitación medía 13 por 13 pies, tenía tres sólidos muros y el cuarto era de barras de metal que la separaban de una habitación mayor. No estoy seguro de cuánto tiempo estuve en la cama. Pasados unos días, creo que bastantes días pero no puedo recordarlo con exactitud, se me trasladó a una silla donde me mantuvieron, atado con correas de manos y pies, durante lo que creo fueron dos o tres semanas. Durante ese tiempo se produjeron ampollas en las parte inferior de mis piernas debido a estar sentado constantemente. Sólo se me permitía levantarme de la silla para ir al retrete que era un cubo. El agua para lavarme se me daba en una botella de plástico.

No se me dio alimento sólido durante las primeras dos o tres semanas, mientras estuve sentado en la silla. Lo único que me daban era *Ensure* (un suplemento alimenticio) y agua para beber. Al principio, el *Ensure* me hacía vomitar pero poco a poco con el tiempo se me fue pasando.

La celda y la habitación tenían aire acondicionado y eran muy frías. Con mucho ruido, ya que sonaba constantemente una música atronadora. La repetían cada

⁶ “CIA—Abu Zubaydah. Interview with John Kiriakou." Transcripción sin fecha de una entrevista en video, dirigida por Brian Ross del noticiario de ABC, al parecer en diciembre de 2007, accesible en abcnews.go.com. Se han publicado citas de este documento han sido ligeramente corregidas para mayor claridad. Véase también, Richard Esposito y Brian Ross , [Coming in from the Cold: CIA Spy Calls Waterboarding Necessary But Torture](#)," ABC News, December 10, 2007.

quince minutos, las veinticuatro horas del día. A veces, cesaba la música y la reemplazaban por sonidos muy agudos o ruidos chirriantes.

Los guardianes eran estadounidenses, pero llevaban máscaras que ocultaban sus rostros. Los que me interrogaban no iban cubiertos.

Durante aquel primer periodo de tres semanas era interrogado durante alrededor de una o dos horas diarias. Los investigadores estadounidenses se acercaban a la habitación y me hablaban a través de los barrotes de la celda.

Mientras me interrogaban, la música se apagaba pero se volvía a poner inmediatamente después. No pude dormir durante las primeras dos o tres semanas. Si empezaba a quedarme dormido, uno de los guardias llegaba y me rociaba la cara con agua.

A un hombre desnudo y atado en un recinto muy pequeño, completamente vacío, se le mantiene durante varios días atado con correas en la cama, después durante semanas atado a una silla, siempre con luz, bombardeado con música atronadora, privado de alimento; y siempre que, a pesar del frío, de la luz, del ruido, del hambre, las horas y días transcurridos, le llevan a cerrar los párpados, se le echa agua a la cara para obligarle a seguir despierto.

Uno puede traducir estos procedimientos en metáforas: “Cambio de escenario”. “Despojo de ropa” “Uso de posturas estresantes” “Manipulación dietética”. “Manipulación ambiental”. “Ajuste del sueño”. “Aislamiento”. “Privación del sueño”. “Utilización del ruido para provocar tensión” Todas esas frases y muchas otras se pueden encontrar, por ejemplo, en documentos relativos al debate sobre los interrogatorios y la “contra insurgencia”, elaborado por altos responsables del Pentágono y del Departamento de Justicia a principios de 2002. Aquí, no obstante, encontramos un estándar diferente: El Grupo de Trabajo afirma, por ejemplo, que “la privación de sueño no excede cuatro días seguidos”, que “la manipulación dietética” no debería incluir “la privación de comida y agua”, que “quitar la ropa”, con el fin de provocar un sentimiento de desamparo y dependencia” debe ser “vigilada para asegurar que las condiciones ambientales sean tales que esa técnica no dañe a los presos”.⁷ Aquí estamos en una situación diferente.

Pero, ¿en qué situación? Abu Zubaydah no era sólo “el pez más gordo que habíamos capturado” sino el primer pez gordo. Según Kiriakou, Zubaydah, una vez recuperado,

⁷ Véase: "Working Group Report on Detainee Interrogations in the Global War on Terrorism: Assessment of Legal, Historical, Policy, and Operational Considerations," April 4, 2003, in Mark Danner, *Torture and Truth: America, Abu Ghraib, and the War on Terror* (New York Review Books, 2004), pp. 190–192. A great many of these documents, collected in this book and elsewhere, were leaked in the wake of the publication of the Abu Ghraib photographs, and have been public since late spring or early summer of 2004.

había querido hablar de cosas corrientes. Un par de veces nos dijo que él no tenía nada personal contra Estados Unidos... dijo que el 11-S era necesario. Que a pesar de que él creía que no iba a producirse tanta pérdida de vidas, su opinión era que el 11-S pretendía ser una llamada de atención a EE.UU.

En aquellas primeras semanas de prisión, antes de la habitación vacía, la silla y la luz constante, Zubaydah parecía haber hablado libremente con sus captores, y durante ese tiempo, de acuerdo con los noticiarios, los agentes del FBI empezaron a interrogarle utilizando “técnicas normales de interrogatorio”, asegurando que se le bañaba y cambiaban los vendajes, facilitándoles buena asistencia médica y tratando “de convencerle de que tenían conocimiento de sus actividades”. (Le enseñaron, por ejemplo, “una caja de cintas de audio vírgenes que le dijeron contenía grabaciones de sus conversaciones telefónicas pero que realmente estaban vacías”.) Según esta declaración, Abu Zubaydah, durante los primeros días antes de llevarle a la habitación vacía “empezó a facilitar información sobre al-Qaeda”.⁸

¿Lo hizo? “¿Cuán fiable es la información de Abu Zubaydah? se preguntaba el 27 de abril de 2002, en una exclusiva en la Red de *Newsweek*, menos de un mes después de su captura. El extremo secreto y aislamiento en el que se mantenía a Abu Zubaydah, en un lugar desconocido para él y para todo el mundo salvo para un reducido número de funcionarios del Gobierno, ni impidió que se filtrara su “información” a la prensa estadounidense desde aquel lugar desconocido, aparentemente, debido al habitual enfrentamiento burocrático entre el FBI y la CIA. Incluso los estadounidenses que no seguían de cerca las filtraciones de los interrogatorios de Zubaydah podían sentirse afectados, lo supieran o no, por lo que estaba sucediendo en aquella lejana habitación vacía; por aquella misma época, el gobierno Bush tuvo a bien publicar dos “advertencias internas sobre terrorismo”, basadas en las confesiones de Abu Zubaydah, sobre “posibles atentados contra bancos o instituciones financieras” en el noreste de EE.UU. y de posibles “atentados en supermercados y grandes centros comerciales”. Tal como informó *Newsweek*, basándose en un “alto funcionario estadounidense”, presumiblemente del FBI, - cuyas “técnicas estándar de interrogatorio” habían conseguido esa información y elaborado las “alertas sobre terrorismo en el interior del país” basadas en ella- el prisionero estaba “facilitando una información detallada para la lucha antiterrorista”. Al mismo tiempo, no obstante, “fuentes de los servicios de espionaje estadounidense (probablemente la CIA) “se preguntan si está tratando de confundir a los investigadores o de aterrorizar a la opinión pública estadounidense”.⁹

Por su parte, John Kiriakou, el hombre de la CIA, declaró al noticiario de la *ABC* que en aquellas primeras semanas Zubaydah estaba “deseoso de hablar sobre filosofía, pero no estaba dispuesto a darnos ninguna información válida”- Los funcionarios de la CIA tenían las directrices secretas firmadas por Bush autorizándoles para “capturar, detener e interrogar a sospechosos de terrorismo”, y Zubaydah era “un caso para experimentar los nuevos métodos... en los que la agencia iba a encerrar e interrogar a sospechosos de terrorismo”. En la práctica, se envió a un equipo del Centro Contraterrorista de la CIA desde Langley y se retiró a los investigadores del FBI.

⁸ Véase, David Johnston, "[At a Secret Interrogation, Dispute Flared Over Tactics](#)," *The New York Times*, September 10, 2006.

⁹ Véase, Mark Hosenball, "[How Good Is Abu Zubaydah's Information?](#)," *Newsweek* Web Exclusive, April 27, 2002.

Teníamos a aquellos investigadores formados a los que se envió para utilizar las técnicas mejoradas para conseguir que hablara y diera alguna información terrorífica... Esas mejoradas técnicas incluían todo lo que pudiera provocar una sacudida, como agarrar a una persona por las solapas y sacudirla hasta llegar al extremo: la simulación de asfixia en el agua.

Al parecer, empezaron por atarle a la silla y aplicarle luz, ruido y agua para mantenerlo despierto. Tras dos o tres semanas de esta estrategia, se permitió a Abu Zubaydah, todavía desnudo y atado, descansar en el suelo y “dormir un poco”. Asimismo, se le dio alimento sólido-arroz- por primera vez. Finalmente, una médica, vino, le examinó, y preguntó “por qué todavía estaba desnudo”. Al día siguiente, se le proporcionó “una ropa naranja para vestirse”. Sin embargo, un día después, “los guardianes entraron en mi celda. Me dijeron que permaneciera de pie y pusiera las manos sobre mi cabeza. Entonces me quitaron la ropa y de nuevo quedé desnudo y colocado en la silla durante varios días. Intentaba dormir en la silla pero los guardias volvían a despertarme rociándome agua en la cara”.

Lo que sigue es un periodo confuso, en el que el maltrato duro alternaba con otro más llevadero. Zubaydah permanecía la mayor parte del tiempo desnudo y helado, “a veces con el aire acondicionado tan alto que un funcionario dijo que Zubaydah parecía estar poniéndose azul”.¹⁰ A veces, se le llevaba ropa para quitársela al día siguiente. “Cuando mis interrogadores tenían la impresión de que estaba cooperando y facilitando la información que pedían, se me devolvía la ropa. Cuando creían que era menos cooperativo, de nuevo me quitaban la ropa y me ponían en la silla”. En una ocasión le dieron un colchón y en otra “se le facilitó papel higiénico para que lo utilizara cuando fuera al cubo para defecar”. Pasó un mes sin interrogatorios. “Mi celda todavía estaba muy fría y la música atronadora cesó pero había un continuo ruido de silbidos constantes y chirriantes durante las veinticuatro horas del día. Intenté bloquearlo poniéndome telas en los oídos”. Después, “tras dos meses y medio o tres desde mi llegada a aquel lugar, los interrogatorios empezaron de nuevo, pero con mayor intensidad que antes”.

Resulta difícil saber si esos cambios de actitud y procedimiento eran intencionados, dirigidos a que el preso bajara la guardia, o el resultado de las disputas sobre la estrategia a seguir entre los interrogadores, que confiaban en la apresurada “serie de procedimientos alternativos”, improvisados por uno grupo de expertos, entre ellos de científicos y psiquiatras que formaban parte del servicio de espionaje, expertos externos, gobiernos “amigos” y asesores que habían trabajado con el ejército estadounidense, convertidos en formadores para enseñar a las fuerzas estadounidenses de elite y ayudarles a soportar los interrogatorios si eran capturados. Los precursores de alguna de las teorías que se aplicaban en esos interrogatorios, que implicaban la anulación sensorial, la desorientación, la sensación de culpa y vergüenza, la denominada “indefensión inducida” y la necesidad de provocar “el estado de debilidad-dependencia”, se pueden encontrar en documentos de la CIA de hace casi medio siglo, como en

¹⁰ Véase, Johnston, "At a Secret Interrogation, Dispute Flared Over Tactics."

un famoso manual de “interrogatorios contra la insurgencia” de principios de los años 1960.

Las circunstancias de la detención deben provocar en el individuo la sensación de haber sido sacados de lo conocido y reafirmante, y de estar sumergido en un mundo extraño... El control de los recursos ambientales permite al interrogador establecer su dieta, normas de sueño y otras circunstancias básicas. Su manipulación con irregularidades para provocar que el sujeto se sienta desorientado, es muy parecida a la de crear sensaciones de miedo y desamparo.¹¹

Una versión posterior del mismo manual enfatiza la importancia de la culpa: “Si el ‘interrogador’ puede intensificar ese sentimiento de culpa, aumentará la ansiedad del sujeto y su impulso de cooperar como forma de escapar de ella”. El aislamiento y la anulación sensorial “inducirán la regresión “y la pérdida de las defensas adquiridas más recientemente por un hombre civilizado”, mientras que la imposición de “posturas estresantes” que en efecto obligan al sujeto “a auto dañarse” producirá un sentimiento de culpa que llevará a un irresistible deseo de cooperar con sus interrogadores.

4.

Dos meses y medio después de que Abu Zubaydah despertara atado con correas a la cama en la celda vacía, los interrogatorios se intensificaron más que antes:

Metieron dos cajas de madera negra en la habitación que estaba fuera de mi celda. Una era larga, poco más alta que yo y estrecha. La superficie podía medir 31/2 por 21/2 pies por 61/2 pies de alto. La otra era más corta, quizás sólo 31/2 pies de altura. Fui sacado de mi celda y uno de los inquisidores anudó una toalla alrededor de mi cuello, de la que ellos después se sirvieron de ella desequilibrarme y estrellarme repetidamente contra las duras paredes de la habitación. Asimismo, me abofeteaban continuamente...

Se me introdujo después en la caja larga durante lo que me pareció entre una hora y media y dos horas. La caja era totalmente negra tanto interna como exteriormente... Ellos colocaron una tela sobre la parte exterior de la caja para que no entrara luz y disminuir la entrada de aire. Resultaba difícil respirar. Cuando me sacaron de la caja, vi que una de las paredes había sido recubierta con madera de contra chapado. Desde ese momento se me golpeó contra ella agarrado por la toalla que rodeaba mi cuello. Creo que el contra chapado se

¹¹ Véase, KUBARK *Counterintelligence Interrogation—July 1963 and Human Resource Exploitation Training Manual—1983*, ambos archivados en "Prisoner Abuse: Patterns from the Past," National Security Archive Electronic Briefing Libro No. 122. Para las raíces históricas de la “serie alternativa de procedimientos” véase, Alfred W. McCoy, *A Question of Torture: CIA Interrogation, from the Cold War to the War on Terror* (Metropolitan, 2006); y Jane Mayer, *The Dark Side: The Inside Story of How the War on Terror Turned into a War on American Ideals* (Doubleday, 2008), especialmente las pp. 167–174. Véase también mi “[The Logic of Torture](#),” *The New York Review*, June 24, 2004, and *Torture and Truth*.

colocó allí para facilitar algo la absorción del impacto de mi cuerpo. Los interrogadores se dieron cuenta de que golpearme contra un muro duro probablemente produciría daños físicos más rápidamente.

Se debe recordar aquí que Abu Zubaydah no estaba solo con sus interrogadores, y que todos los que estaban en aquella habitación vacía- guardias, inquisidores, médico- estaban de hecho conectado directamente, y casi constantemente, con altos funcionarios del espionaje en la otra parte del mundo. “Los interrogadores no podían decidir individualmente: “Bien, voy a abofetearle. O voy a sacudirlo o voy a hacer que se quede de pie durante 48 horas”, declaró John Kiriakou.

Todos estos pasos... tenían que tener la autorización del subdirector general de Operaciones. Así que antes de ponerle la mano encima había que enviar un cable informando “No está cooperando. Se solicita permiso para hacer X”. Y la autorización llegaría... El intercambio de cables era muy específico. Y al final estaban aquellos responsables tan especiales que la Agencia tuvo tras el 11-S. Nadie quería meter la pata, nadie quería verse en problemas por haberse pasado... nadie quería ser el tipo que accidentalmente hiciese un daño permanente a un prisionero.

Golpearle contra las duras paredes antes de que Zubaydah entrara en la caja larga semejante a un ataúd; la aparición repentina de los contra chapados pegados a la pared contra los que golpearle cuando salía de la caja. ¿Quizás el subdirector general de Operaciones, al estudiar el asunto en su despacho de Langley, Virginia, había sugerido utilizar el contra chapado? O ¿acaso fue alguien por encima de él? Según el noticiario de la *ABC*, poco después de que Abu Zubaydah fuera capturado, los responsables de la CIA “reunieron a funcionarios de alto nivel en el Comité de Notables del Consejo Nacional de Seguridad”, que incluía al vicepresidente, Dick Cheney, a la consejera de seguridad nacional, Condoleezza Rice, al fiscal general, John Ashcroft, quienes cerraron entonces el plan de interrogatorios”. En esa época, primavera y verano de 2002, el gobierno estaba diseñando lo que alguien denominó como “un escudo dorado” frente al Departamento de Justicia: las razones legales incorporadas al infame “memorando de la tortura”, redactado por John Yoo y firmado por Jay Bybee en agosto de 2002, el que se afirmaba que para que un procedimiento alternativo fuese considerado tortura, y por ello ilegal, tendría que ocasionar un daño “que se asociara con graves daños físicos tan severos que dieran como resultado la muerte, el fallo orgánico, o daños permanentes con pérdida de funciones importantes del cuerpo”. “El escudo dorado”, presumiblemente, protegería a los funcionarios de la CIA del procesamiento. El todavía director general de la Agencia, George Tenet, regularmente presentaba a la consideración directa de los funcionarios de más alto nivel del Gobierno procedimientos específicos para aplicar a presos específicos- bien fuera pegarles, empujarles, privarles del sueño, o someterlos a asfixia simulada- con el fin de reasegurarse de que eran legales. Según el informe de la *ABC*, las reuniones informativas de los notables eran tan detalladas y frecuentes que “algunas de las sesiones sobre interrogatorios eran casi escenificadas”. En una de esas reuniones, John Ashcroft, entonces fiscal general,

supuestamente preguntó a sus colegas”: ¿Por qué estamos hablando de esto en la Casa Blanca? La Historia no juzgará esto amablemente”.¹²

No sabemos si el contra chapado apareció en la celda vacía de Zubaydah debido a las órdenes de sus inquisidores, de sus jefes en Langley, o quizás de sus superiores en la Casa Blanca. No conocemos los papeles exactos jugados por los responsables de diseñar “la serie alternativa de procedimientos”. Sabemos por varios informes que en una reunión en la Casa Blanca en julio de 2002 juristas de alto nivel del Gobierno dieron “luz verde” a la CIA para adoptar las “más agresivas técnicas” que le fueron aplicadas a él, por separado o combinadas, durante los días siguientes:

Tras la paliza, se me introducía en la caja pequeña. Ellos colocaban una tela o tapa sobre la caja para no dejar pasar la luz y restringir mi suministro de aire. Como no era lo suficientemente alta incluso para sentarse derecho, tenía que agacharme, lo que era muy difícil debido a mis heridas. La tensión sobre mis piernas en esa postura provocaba que las heridas en la pierna y en el estómago me provocaran un gran dolor. Creo que esto sucedió unos tres meses después de mi última operación. Siempre hacía frío en la habitación pero cuando se colocaba la tapa sobre la caja hacía mucho calor y sudaba dentro. La herida de mi pierna empezó a abrirse y a sangrar. No sé cuánto tiempo permanecí en la caja pequeña, creo que debí dormirme o desmayarme. Entonces me arrastraban desde la caja pequeña, incapaz de andar por mí mismo, y me colocaban en lo que parecía una cama de hospital, y me ataban fuertemente con correas. Colocaban después una tela negra sobre mi cara y los interrogadores acostumbraban a echar agua en la tela de forma que no podía respirar. Pasados cinco minutos se retiraba la tela y la cama se colocaba en posición vertical. La presión de las correas en mis heridas era muy dolorosa. Vomité. Entonces bajaron la cama a una posición horizontal y volvieron de nuevo a la misma tortura con la tela negra sobre mi rostro y vertían agua de una botellas. En aquella ocasión, mi cabeza estaba en una posición más baja y se echó agua durante mucho tiempo. Luché contra las correas, intentando respirar, pero estaba desesperado. Pensé que iba a morir. Perdí el control de mi orina. Desde entonces, he perdido el control de la orina cuando estoy estresado.

Después fui introducido de nuevo en la caja larga. Mientras estaba en el interior, de nuevo sonaba una música estruendosa y alguien golpeaba repetidamente en la caja desde el exterior. Intenté sentarme en el suelo pero como el espacio era reducido el cubo de la orina se cayó y se derramó sobre mí. Entonces se me sacó de la caja y una vez más se colocó una toalla alrededor de mi cuello y fui golpeado contra la pared recubierta de contra chapado y abofeteado una y otra vez en la cara por los mismos inquisidores de antes.

Después se me hizo sentar en el suelo con una capucha negra en la cabeza hasta que comenzó la siguiente sesión de torturas. La habitación siempre se mantenía muy fría.

¹² Véase, Jan Crawford Greenburg, Howard L. Rosenberg, and Ariane de Vogue, "[Sources: Top Bush Advisors Approved 'Enhanced Interrogation,'](#)" ABC News, April 9, 2008.

Esto duró aproximadamente una semana. Durante ese tiempo, todo el procedimiento se repitió cinco veces. En todas las ocasiones, excepto una, se me llevó al borde de la asfixia una o dos veces y entre medias se me puso en posición vertical en la cama. Una vez, la asfixia se repitió tres veces. Vomité cada vez que se me ponía en posición vertical entre una y otra simulación de asfixia.

Durante aquella semana no se me dio comida sólida. Sólo tomaba el complejo nutritivo para beber. Me afeitaban la cabeza y la barba todos los días.

Me desmayé y perdí el conocimiento en varias ocasiones. Finalmente, la tortura se acabó por la intervención del médico.

Durante aquel periodo, se me dijo que yo era el primero en experimentar aquellas técnicas de interrogatorio, de manera que no existían reglas. Era como si ellos estuvieran experimentando y probando métodos para ser utilizados después en otras personas.

5.

Todas las pruebas del informe del CICR sugieren que el entrevistador de Abu Zubaydah dijo la verdad: él fue el primero, y, como tal, una cobaya. Algunas técnicas se han desechado. Las cajas como ataúdes, por ejemplo, escasamente amplias para acoger a un hombre, de seis pies de alto, y la otra que apenas medía poco más de tres pies, que recuerdan a los tanques de privación sensorial utilizados en los primeros experimentos patrocinados por la CIA, no han vuelto a utilizarse.. Ni las largas posturas sentados- las semanas atado a una silla-que Abu Zubaydah soportó en sus primeros meses.

La desnudez, por otra parte, es una constante en el informe del CICR, como lo son los grilletes permanentes, las “celdas heladas” y el incesante sonar de música estruendosa o ruidos. A veces, tienen luz eléctrica durante veinticuatro horas, en otras, una oscuridad constante. Las palizas, asimismo, y los golpes contra las paredes parecen encontrarse entre las técnicas favoritas; generalmente, los interrogadores llevan guantes.

En posteriores interrogatorios, aparecieron nuevas técnicas, entre las cuales las más notables eran “el permanecer de pie durante largos periodos” y la utilización de agua helada. Walid Bin Attash, de origen yemení, implicado en la planificación de los atentados contra las embajadas estadounidenses en África en 1998 y contra el buque *Cole* en 2000, fue capturado en Karachi el 29 de abril de 2003:

Al llegar al lugar de detención en Afganistán, me dejaron completamente desnudo. Permanecí desnudo durante los dos meses siguientes; se me internó en una celda que medía aproximadamente 31/2 pies por 61/2. Se me mantuvo de pie sobre el suelo, con los brazos sobre la cabeza y con esposas y una cadena atada a una barra de metal que atravesaba toda la celda. La celda estaba a oscuras sin luz artificial ni natural.

Durante las dos primeras semanas no recibí comida alguna. Sólo se me daba *Ensure* y agua. Un guardia llegaba y mantenía la botella mientras bebía... el retrete era un cubo que había en la celda... No se me permitía limpiarme tras usar el cubo. Las veinticuatro horas del día sonaba una música atronadora durante las tres semanas que permanecí allí.

Esa “obligada postura de pie”, con los brazos con grilletes sobre la cabeza (una de las técnicas favoritas de los soviéticos (stoika) que parece haberse convertido en un procedimiento normal a partir de Abu Zubaydah, resultó especialmente dolorosa para Bin Attas que había perdido una pierna luchando en Afganistán:

Tras pasar algún tiempo en esa postura mi muñón comenzó a doler así que me quité la pierna ortopédica para calmarlo. Por supuesto, entonces mi pierna buena empezó enseguida a ceder ante el peso de manera que se me dejó colgando de las muñecas con todo mi cuerpo. Grité pidiendo ayuda pero al principio nadie acudió. Finalmente, tras aproximadamente una hora, llegó un guardián y se me colocó la pierna ortopédica y se me puso de nuevo de pie con las manos sobre la cabeza. Después de aquello, los interrogadores a veces de forma intencionada me quitaban la pierna ortopédica para aumentar la tensión de la postura...

En su relato, Bin Attash cuenta que se le mantuvo en esa postura durante dos semanas, “salvo en dos o tres ocasiones en las que se me permitió acostarme”. Aunque “los métodos utilizados eran muy especializados y diseñados para no dejar marcas”, las esposas a veces “cortaban mis muñecas y me producían heridas. Cuando eso ocurría tenían que llamar al médico”. En un segundo lugar, donde Bin Attas fue de nuevo desnudado y colocado “de pie con los brazos sobre la cabeza y sujeto con esposas y una cadena a una argolla de metal que pendía del techo, “un médico examinaba todos los días su pierna mutilada– “usando una cinta métrica para medir la inflamación”.

No recuerdo con exactitud cuántos días permanecí de pie, pero creo que fueron alrededor de diez... Mientras estaba en esa posición se me puso un pañal. Sin embargo, en ocasiones, no se cambiaba el pañal y tuve que orinar y defecar sobre mí mismo. Me lavaban con agua helada todos los días.

El agua helada se usó en Bin Attash combinada con palizas y el uso de un collar de plástico, lo que parece un refinamiento de la toalla que habían enrollado alrededor del cuello de Abu Zubaydah:

Todos los días en las dos primeras semanas, mientras me interrogaban, me abofeteaban y daban puñetazos por el cuerpo. Lo hacía uno de los inquisidores que llevaba guantes...

Asimismo, diariamente durante las dos primeras semanas se me colocó un collar en el cuello y lo utilizaban para golpearme contra las paredes de la sala de interrogatorios. Se me ponía también cuando me sacaban de mi celda para interrogarme y se utilizaba para llevarme a lo largo del corredor. También lo aprovechaban para golpearme contra las paredes del pasillo durante el traslado.

Diariamente, también, durante las primeras dos semanas se me hacía descansar sobre una plancha de plástico colocada en el suelo y levantada por los bordes. Después se vertía agua helada con cubos por el cuerpo... Tenía que permanecer dentro del plástico durante varios minutos. Después se me llevaba a los interrogatorios...

Bin Attash señala que en el “segundo lugar de detención”- donde se le puso el pañal- “ellos eran bastante más sofisticados que en Afganistán porque tenían una manguera con la que lanzaban el agua sobre mí”.

6.

A través de estos relatos aparece un método, basado en la desnudez obligada, el asilamiento, el bombardeo de música ruidosa y luz, la privación de sueño y comida, y las repetidas palizas y golpes- aunque a partir de este modelo básico se puede ver la evolución del método desde la obligada postura sentada a la de pie, por ejemplo, y la incorporación de nuevos elementos, como la inmersión en agua helada.

Khaled Shaik Mohamed, el principal organizador de los atentados del 11-S, capturado en Rawalpindi el 1 de marzo de 2003- nueve de los catorce “detenidos de especial relevancia” fueron capturados en Pakistán- y, tras dos días detenido en Pakistán, durante los cuales declaró que “un agente de la CIA... me golpeó varias veces en el estómago, pecho y cara y... me arrojó al suelo y me pisoteó la cara”, fue trasladado a Afganistán por medio de los habituales “procedimientos de traslado”. (Me taparon los ojos con una tela atada alrededor de mi cabeza tapada con una capucha. Me introdujeron un supositorio por el recto, sin decirme su composición.”) En Afganistán, fue desnudado y colocado en una pequeña celda, donde “se le mantuvo de pie con las manos esposadas, y encadenado a una barra por encima de mi cabeza. Mis pies reposaban en el suelo”. Pasada una hora más o menos,

Se me llevó a otra sala donde se me mantuvo de puntillas durante casi dos horas mientras me interrogaban. En la habitación había unas trece personas. Entre ellas estaba el inquisidor principal y dos mujeres que hacían preguntas, además de diez tipos fornidos que llevaban máscaras. Creo que todos eran estadounidenses. De vez en cuando uno de los tipos fuertes me golpeaba en el pecho y en el estómago.

Estos interrogatorios de “etiqueta”- donde el preso estaba desnudo, en puntillas, entre una multitud de trece personas, incluidos los “diez musculosos tipos con máscara”- se interrumpían periódicamente para trasladar al preso a una habitación diferente en la que se practicaban otros procedimientos adicionales:

Allí se me echaba agua helada con cubos durante unos cuarenta minutos, con pausas para rellenar los cubos. Después se me llevaba de regreso a la sala de interrogatorios.

En una ocasión se me ofreció agua durante el interrogatorio, cuando rehusé se me llevó a otra habitación donde se me tendió en el suelo custodiado por tres

personas. Se me insertó un tubo en el ano y metieron agua por él. Inmediatamente tuve necesidad de ir al servicio porque tenía la sensación de tener diarrea. Pero no se me permitió hacerlo hasta pasadas cuatro horas cuando se me dio un cubo para que lo utilizara.

Siempre que se me devolvía a mi celda se me mantenía de pie con las manos esposadas y encadenado a la barra que había encima de mi cabeza.

Transcurridos tres días en lo que él creía era Afganistán, Mohammed fue vestido de nuevo con un chándal, vendado los ojos, encapuchado, con auriculares y grilletes y llevado a un avión, donde se le sentó inclinado hacia atrás, con grilletes en las manos y tobillos, en una silla alta”. Rápidamente se quedó dormido- “el primer auténtico sueño en cinco días”- y sin saber cuánto duraría el viaje. A la llegada, se dio cuenta de que había sido una larga distancia.

Pude ver en algún momento que había nieve en la tierra. Todo el mundo vestía de negro, con máscaras y botas militares, como la gente de Planeta X. Creo que el país era Polonia. Y lo creo porque en una ocasión se me llevó una botella de agua sin haberle quitado la etiqueta. En ella había una dirección de correo electrónico que terminaba en “pl.”

Fue desnudado y colocado en una celda pequeña “con cámaras a través de las cuales un médico me vigilaba las veinticuatro horas del día, según me informó después uno de los interrogadores. Él creía que la celda estaba en un sótano porque había que bajar escalones para llegar a ella. Sus paredes eran de madera y medía unos 10 por trece pies.

Fue en ese lugar, según Mohamed, donde “se produjeron los interrogatorios más intensos”, dirigidos por tres experimentados agentes de la CIA, todos de más de 65 años y fuertes y bien entrenados. “Ellos le informaron que habían recibido “luz verde de Washington” para hacerle pasar “*momentos duros*”. Nunca utilizaron la palabra ‘tortura’ y nunca hicieron alusión a ‘presiones físicas’, sólo hablaron de ‘momentos duros’. Nunca me amenazaron con la muerte, y en efecto se me dijo que no podían permitir que muriera, sino que me llevarían al *borde de la muerte para volver a empezar otra vez*”.

Se me mantuvo un mes en la celda, de pie con mis manos esposadas y colocadas encima de la cabeza y mis pies con grilletes en un punto señalado del suelo. Por supuesto, durante ese mes me dormí en ciertos momentos. Las consecuencias fueron que todo el peso de mi cuerpo descansaba en los grilletes de los tobillos y me produjo heridas abiertas y sangrantes. [Las cicatrices que lo prueban eran visibles en ambas muñecas y en ambos tobillos.] Mis pies se inflamaron mucho tras un mes casi continuamente de pie.¹³

Para los interrogatorios, se trasladaba a Mohammed a otra habitación. Las sesiones duraban como máximo ocho horas y como mínimo cuatro.

¹³ El comentario entre corchetes aparece en el informe del Comité Internacional de la Cruz Roja.

El número de personas presentes variaba enormemente de un día a otro. Otros interrogadores, entre ellos mujeres, estaban presentes en ocasiones... y un asimismo, médico generalmente estaba allí. Si se creía que no estaba en actitud cooperadora se me ponía contra la pared y me golpeaban y abofeteaban en el cuerpo, la cabeza y la cara. Me colocaron alrededor del cuello un grueso collar de plástico, de forma que un guardián podía agarrarlo por los dos extremos y servirse de él para golpearme repetidamente contra la pared. Las palizas se combinaban con la utilización de agua helada, con la que se me mojaba a través de una manguera. Las palizas y el uso del agua helada se producían diariamente durante el primer mes.

Como Abu Zubaydah; como Abdelrahim Hussein Abdul Nashiri, un saudí capturado en Dubai en octubre de 2002, Mohammed fue sometido también a la asfixia simulada mojándole con agua, según él, en cinco ocasiones:

Estuve atado con correas a una cama especial que podía ponerse en posición vertical. Se me colocaba una tela sobre la cara. Y uno de los guardianes echaba en la tela agua helada de una botella conservada en un frigorífico de manera que no podía respirar... La tela se retiraba después y la cama se ponía en posición vertical. A continuación, se repetía el proceso íntegramente durante una hora más o menos. Durante la simulación de asfixia se producían también heridas en mis muñecas y tobillos al luchar llevado por el pánico que sentía al no poder respirar. Inquisidoras femeninas estaban, asimismo, presentes... y un médico siempre estaba allí, de pie, oculto tras la cabecera de la cama, pero yo lo veía cuando se acercaba para ponerme un clip en el dedo conectado a una máquina. Creo que era para controlar el pulso y el oxígeno en sangre. Así, ellos podían llevarme hasta el límite.

De la misma manera que con Zubaydah, las peores sesiones de interrogatorio implicaban “la serie alternativa de procedimientos” usados en secuencias o combinados, ya una técnica intensificaba los efectos de las otras:

Las palizas iban siendo peores y los guardianes me lanzaban agua helada con la manguera mientras estaba en la celda. El día peor fue cuando fui golpeado durante media hora por uno de los interrogadores. Golpearon mi cabeza contra la pared tan fuerte que comenzó a sangrar. Me echaron agua helada y otros interrogadores lo repitieron después. Finalmente, se me llevó a una sesión de asfixia controlada. Aquel día la tortura se detuvo por la intervención del médico. Se me permitió dormir durante una hora y después se me trasladó a la celda, permaneciendo de pie con las manos esposadas encima de la cabeza.

Al leer el informe del Comité Internacional de la Cruz Roja, uno llega a acostumbrarse a la “serie de procedimientos alternativos”, tal como ellos la describen: la violencia fría y repetida que anonada. Frente a este cuadro, la descripción de la vida cotidiana de los presos en los “lugares oscuros”, en los que los interrogatorios parecen simplemente un aumento periódico de una brutalidad impuesta coherentemente, la situación llega a resultar más impactante. Mohammed de nuevo:

Después de cada sesión de tortura se me llevaba a la celda donde se me permitía tenderme en el suelo y podía dormir unos pocos minutos. Pero debido a los grilletes en mis muñecas y tobillos nunca pude dormir profundamente... el retrete era un cubo situado en la celda que podía utilizar cuando lo pedía [tenía grilletes estando de pie, y sus manos fijadas al techo], pero durante el primer mes no se me permitía lavarme tras utilizar el cubo... y no se me proporcionó comida salvo en dos ocasiones, como premio cuando consideraban que cooperaba. Se me daba *Ensure* para beber cada cuatro horas. Si me negaba a tomarlo, el guardián me obligaba a abrir la boca y me lo introducía por la fuerza en la garganta... En el momento de mi detención pesaba 78 kg. Un mes después, mi peso era de 60 kilos.

Durante ese primer mes no se me proporcionó ropa alguna. La luz artificial permanecía las veinticuatro horas del día, y nunca vi la luz del sol.

7.

Pregunta: Sr. Presidente... se trata de una cuestión moral: ¿Está justificada la tortura en algún caso?

Presidente George W. Bush: Mire, voy a decirlo una vez más... Puede que pueda ser más claro. Las instrucciones que dimos a nuestra gente fueron respetar la ley. Eso debe confortarle. Somos un país que respeta la ley. Respetamos las leyes. Tenemos códigos legales. Usted podría fijarse en esas leyes y se sentiría reconfortado.

- Sea Island, Georgia, 14 de junio de 2004

Abu Zubaydah, Walid Bin Attash, Khaled Shaik Mohammed son hombres que, casi con seguridad tienen manchadas las manos de sangre, con mucha sangre. Existen razones de peso para creer que desempeñaron un papel relevante en la planificación y organización de operaciones terroristas que ocasionaron la muerte de miles de personas. De la misma manera que, con toda probabilidad, los otros doce “presos relevantes”, cuyo trato por parte de los agentes del gobierno estadounidense se describe de forma tan aterradora en el informe del Comité Internacional de la Cruz Roja. A partir de todo lo que sabemos, muchos o todos esos hombres merecen ser juzgados y castigados, ser llevados ante la justicia”, tal como el presidente Bush prometió hacer en su discurso del 6 de septiembre de 2006 dirigido al pueblo estadounidense.

Parece poco probable que en breve plazo sean puestos a disposición de la justicia. A mediados de enero, Susan J. Crawford, nombrada por el gobierno Bush para decidir qué presos de Guantánamo deberían ser juzgados por las comisiones militares, rehusó llevar ante el tribunal a Mohammed al-Qahtani, que iba a formar parte de los secuestradores del 11-S, pero fue devuelto por los funcionarios de inmigración en el aeropuerto internacional de Orlando. Tras su captura en Afganistán a finales de 2002, Qahtani fue encarcelado en Guantánamo e interrogado por funcionarios del servicio de espionaje del Departamento de Defensa. Crawford, una jueza jubilada y ex consejera del Comité general del ejército, declaró al *Washington Post* que había llegado a la conclusión de que el trato dado a Qahtani “ responde a la definición legal de tortura”.

Las técnicas que aplicaron estaban autorizadas, pero la manera en que las usaron fue excesivamente agresiva y demasiado persistente...

Si se piensa en la tortura, se piensa en algún acto físico horrendo contra un individuo. No se trata de cualquier acto particular; se trata de una combinación de actuaciones que han tenido un impacto médico en él, que ha dañado su salud. Fue abusivo y no necesario. Y coercitivo. Claramente coercitivo.¹⁴

Los interrogatorios de Qahtani en Guantánamo, cuyos detalles han aparecido en *Time* y en *The Washington Post*, fueron intensos y prolongados, se extendieron durante cincuenta días consecutivos, iniciados a finales del otoño de 2002, y ocasionaron su hospitalización al menos en dos ocasiones. Alguna de las técnicas empleadas, incluidas la inmovilización sentada, la prolongada exposición al frío, a la música ensordecedora, y al ruido, la privación de sueño, recuerdan a las descritas en el informe del CICR. Si los interrogatorios “coercitivos” y “abusivos” de al-Qahtani hacen imposible el juzgarle, se puede dudar de que ninguno de los catorce “presos de gran valor” cuyas experiencias se cuentan en este informe sean juzgados y sentenciados en un proceso legal reconocido y aprobado internacionalmente.

En el caso de personas que han cometido graves delitos, parece demostrado quizás la principal y más importante consecuencia de que la “tortura no funciona”. La aplicación de la tortura priva a la sociedad, cuyas leyes han sido violadas de forma tan evidente, de la posibilidad de hacer justicia. La tortura destruye la justicia porque de hecho abandona este sagrado derecho a cambio de unos dudosos beneficios, cuyos valores, cuando menos, son muy discutibles. John Kiriakou, el agente de la CIA que presencié parte de los interrogatorios de Zubaydah, describía a Brian Ross del noticiario de la *ABC* lo sucedido tras someter a Zubaydah a la asfixia simulada:

Él resistió. Fue capaz de soportar la imposibilidad de respirar durante bastante tiempo. Y con ello quiero decir probablemente 30, 35 segundos... y después, el día siguiente quizás, dijo a sus inquisidores que Allah le había visitado en su celda durante la noche y el había dicho que cooperara porque su cooperación haría más fácil la situación para sus otros hermanos capturados. Y desde aquel día contestó a todas las preguntas de la misma manera que lo hago yo sentado aquí hablando con usted... la información que facilitó evitó una serie de atentados, puede que docenas de atentados.

Esta afirmación, repetida por el presidente Bush en su discurso, es motivo de grandes discusiones. La versión pública de Bush, sin embargo, fue mucho más cuidadosamente limitada: dijo, entre otras cosas, que la información facilitada por Zubaydah confirmó el alias (“Muktar”) de Khaled Shaik Mohammed, y ayudó a capturarlo; que colaboró indirectamente a la detención de Ramzi bin al-Shibh, un yemení clave en la planificación de los atentados del 11-S; y que “nos ayudó a evitar otro atentado planificado en el interior de Estados Unidos”.

¹⁴ Véase, Bob Woodward, “[Detainee Tortured, Says US Official: Trial Overseer Cites 'Abusive' Methods Against 9/11 Suspect](#),” *The Washington Post*, January 14, 2009.

Al menos parte de esta información, aparentemente, se consiguió durante los iniciales interrogatorios, no coercitivos, del FBI. Después, según Ron Suskind, uno de los redactores del informe, Zubaydah

Reveló infinidad de objetivos en el interior de EEUU para evitar los daños, todos ellos irrelevantes. Recuerden cómo, en efecto, en la primavera y verano de 2002 hubo una serie repentina de alarmas sobre atentados contra edificios de apartamentos, bancos, centros comerciales y, por supuesto, plantas nucleares.

Suskind es sólo el más prominente de una serie de informantes con fuentes fiables en los sectores del espionaje, que argumentan que la importancia de la información facilitada por Zubaydah, y su relevancia en el-Qaeda, han sido extremada y sistemáticamente exageradas por los funcionarios del Gobierno, desde el presidente Bush hasta los niveles más bajos.¹⁵

Aunque resulta muy improbable que la información de Zubaydah evitara “puede que docenas de atentados”, como decía Kiriakou, el hecho cierto es que resulta imposible, hasta que se lleve a cabo una investigación de los interrogatorios, evaluar completa y objetivamente lo que los servicios de espionaje de Estados Unidos realmente recibieron a cambio de los graves costes, prácticos, políticos, legales y morales, que el país ha pagado al institucionalizar la política de las torturas. Existe la idea, en el debate general suscitado por lo que Zubaydah reveló o no reveló, y sobre los atentados que su información pudo o no evitar- un debate en gran parte originado por filtraciones interesadas y egoístas de las partes implicadas- que refleja una aceptación implícita, por ambos lados, de la importancia de la mítica “presencia de bombas de relojería”, tan querida por aquellos que pregonan la necesidad de la tortura, y tan estimada por los guionistas de las series de televisión como *24*. Es decir, el argumento se centra en si los interrogatorios de Zubaydah directamente “evitaron una serie de atentados”.

Quizás, inconscientemente, Kiriakou resulta más revelador sobre los valiosos resultados de los interrogatorios de “presos de gran importancia” cuando habla de lo que la CIA realmente consiguió de Zubaydah:

Lo que pudo facilitar fue información sobre la dirección de al-Qaeda. Por ejemplo, si Bin Laden era la X, ¿quién era la persona encargada de una o otra operación? “Oh, lógicamente sería Y”. De ahí, nosotros podíamos utilizar esa información para hacernos una idea de la forma de actuar de al-Qaeda; de cómo llegaba a planificar las operaciones, y cómo se asignaba su realización a células diferentes.... Su importancia consistió en permitirnos disponer de alguien a quien plantear ideas para obtener comentarios y análisis.

Esa es la verdad, y para ello trabajan los servicios de espionaje- mediante la acumulación paciente de fracciones de información, elaborando un panorama que ayude a otros funcionarios a comprender el sentido de otras informaciones recibidas.

¿Pudieron aquellos “comentarios o análisis provenientes de un alto responsable de al-

¹⁵ Véase, Ron Suskind, "[The Unofficial Story of the al-Qaeda 14](#)," *Time*, September 10, 2006. Véase, asimismo, Suskind's *The One Percent Doctrine: Deep Inside America's Pursuit of Its Enemies Since 9/11* (Simon and Schuster, 2006), pp. 99–101, y Mayer, *The Dark Side*, pp. 175–177.

Qaeda ayudar a evitar “una serie de atentados, quizás docenas de atentados?” Parece posible- pero si fuera así, la cadena de causa y efecto podría no ser directa, seguramente no tan directa como sugieren los dramáticos escenarios reflejados en los periódicos y en las series de televisión- y los discursos presidenciales. La bomba de relojería, a punto de explotar y matar a miles o millones de personas; el capturado terrorista diabólico que tiene él solo la información para encontrarla y desactivarla; los desesperados servicios de espionaje, obligados a hacer cualquier cosa necesaria para obtener esa información- todos esos elementos son bien conocidos y poderosamente emocionales, pero donde aparece con mayor frecuencia es en los programas de entretenimiento popular, no en las celdas vacías de Afganistán.

Hay una cara oculta, desde luego, de la “bomba de relojería” y de las torturas: el dolor y el maltrato, mediante la creación de una insoportable presión en el preso para que confiese algo, cualquier cosa, que detenga el dolor, aumentan la posibilidad de que el detenido invente historias, y pierda el tiempo o algo peor. Al menos, algo de la información obtenida mediante “la serie de procedimientos alternativos”, como las supuestas revelaciones de Zubaydah sobre atentados contra centros comerciales y bancos, parece haber llevado al gobierno estadounidense a difundir alarmas infundadas entre los estadounidenses. Khaled Shaik Mohammed lo afirmó rotundamente en sus entrevistas con el CICR. “Durante el periodo más duro de mi interrogatorio”

Di una serie de informaciones falsas para satisfacer lo que creía que los interrogadores deseaban escuchar y que cesaran los maltratos... Estoy seguro de que la falsa información que me vi obligado a inventar... les hizo perder mucho tiempo y dio lugar a varias falsas alertas rojas difundidas en EEUU.

Para toda la información sobre bombas de relojería, raramente, o casi nunca, había funcionarios, capaces de trasladar la información obtenida en el interrogatorio de presos, provistos de “técnicas de realce” que les permitieran evitar un atentado a punto de realizarse (es decir, que había superado las fases de localización y planificación.)

Todavía, la extendida percepción de que tales técnicas habían evitado atentados, activamente promovida por el presidente y otros altos responsables gubernamentales, ha sido esencial para permitir al Gobierno seguir con esas políticas una vez hechas públicas. Las encuestas tienden a reflejar que una mayoría de estadounidenses están dispuestos a apoyar la tortura sólo cuando se les asegura que “frustrará un atentado terrorista”. Porque para la persuasión política que ejercen tales escenarios, es vital que una futura investigación averigüe de verdad las afirmaciones de que los atentados fueron evitados.

Como he escrito ya, resulta imposible saber qué beneficios- en información, en seguridad nacional, en combatir a al-Qaeda- habría podido proporcionar a Estados Unidos la autorización presidencial del uso de “una serie de procedimientos alternativos”. Lo que podemos afirmar con rotundidad es que la decisión ha dañado los intereses del país en diversas formas demostrables. Algunas son prácticas y específicas: por ejemplo, agentes del FBI (la mayoría profesionales con gran experiencia y habilidad en los interrogatorios) fueron retirados, aparentemente, tras las objeciones de los dirigentes de la Agencia, cuando se decidió utilizar la “serie de procedimientos

alternativos” en Abu Zubaydah. Extensas filtraciones a la prensa, tanto por funcionarios partidarios de las medidas cuanto por críticos del “conjunto de procedimientos alternativos”, socavaron lo que se suponía iba a ser un programa altamente secreto; esas filtraciones, en gran medida producto de la gran controversia suscitada en el interior de la burocracia de la seguridad nacional, al final lo hicieron insostenible.

Por último, esta debilidad burocrática llevó a los funcionarios de la CIA a destruir, al parecer por miedo a una posible divulgación y probable procesamiento, un tesoro de cuando menos noventa y dos cintas de video que habían grabado durante los interrogatorios, todas salvo dos de Abu Zubaydah. Tanto si el fiscal que investiga aquellas actuaciones las considere legales o ilegales, es difícil creer que las grabaciones no incluyeran valiosas informaciones, que fueron sacrificadas, en efecto, por razones políticas. Sin duda, esas grabaciones pudieran haber jugado un papel fundamental también para determinar qué beneficios, de haberlos, había reportado el programa a la seguridad de Estados Unidos.

Con mucho, el mayor daño, sin embargo, fue el legal, moral y político. A la vista del informe del CICR se pueden establecer varias conclusiones definitivas:

1. A principios de la primavera de 2002, el gobierno de Estados Unidos empezó a torturar a presos. Esta tortura, autorizada por el presidente del país y vigilada en su desarrollo diario por funcionarios de alto nivel, entre ellos el principal funcionario del país encargado de hacer cumplir la ley, violó claramente los principales tratados firmados por Estados Unidos, incluidas las Convenciones de Ginebra y la Convención contra la Tortura, así como las leyes estadounidenses.
2. Los más altos funcionarios del gobierno estadounidenses, en primer lugar el presidente George W. Bush, repetida y explícitamente mintieron sobre ello, tanto en informes para las instituciones internacionales y directamente a la opinión pública. El presidente mintió sobre el tema en conferencias de prensa, entrevistas, y, de forma más explícita, en discursos expresamente dirigidos a presentar, ante el pueblo que le había elegido, la política del Gobierno.
3. El Congreso de Estados Unidos, que tenía ya una gran información sobre las torturas dirigidas por el Gobierno- que había sido ampliamente reflejada en la prensa, y había sido comunicada, al menos parcialmente, desde el inicio a unos pocos escogidos de sus miembros- aprobó la *Military Commissions Act* de 2006 y al hacerlo intentó proteger a los responsables de delitos criminales según la Ley de Crímenes de Guerra.
4. Lo demócratas, que podían haber vetado la ley, se negaron a hacerlo- una decisión que tuvo mucho que ver con la proximidad de las elecciones intermedias, en cuya carrera temían que el presidente y sus aliados republicanos pudieran aventajarles acusándoles de “proteger a los terroristas”. Un senador resumió la política de la *Military Commissions Act* con admirable rotundidad:

Pronto nos acercaremos al otoño, y la campaña empezará en serio. Y tendremos 30 anuncios por segundo en contra y correos negativos, y

seremos criticados por preocuparnos más por los derechos de los terroristas que por la protección de los estadounidenses. Y yo sé que las votaciones que tenemos ante nosotros están específicamente diseñadas y previstas para añadir más leña al fuego.¹⁶

El senador Barack Obama estaba diciendo en voz alta simplemente lo que cualquier otro legislador sabía: que a pesar de todos los horrendos y espantosos hechos expuestos, y de todas las fotografías, documentos y testimonios terroríficos, cuando se trata de la tortura en la era del 11-S, la cruda política va en otra dirección. La mayoría de los políticos seguían convencidos de que los todavía temerosos estadounidenses, dada la posibilidad de elegir entre la imagen del 24 de Jack Bauer, el último Dirty Harry (fantasía símbolo de un poder sin freno que “hace lo necesario” para protegerlos de las bombas de relojería, y la imagen de los débiles liberales “defendiendo los derechos de los terroristas, iban a elegir siempre a Bauer.[N. T. Bauer es el protagonista, un agente del FBI, de la serie 24, que se dedica a luchar contra el terrorismo.] Como dijo el senador Barack Obama, una vez aprobada la ley a la que él se opuso, “hoy, la política ha triunfado.”

5. El daño político a la reputación de Estados Unidos, y a la “debilidad” de sus ideales constitucionales y democráticos, ha sido, aunque difícil de cuantificar, enorme y duradero. En una guerra que es en esencia una lucha insurgente a escala mundial, lo que es decir, una guerra política,- en la que las actitudes y las lealtades de los jóvenes musulmanes eran el oportunista objetivo crítico- la decisión de Estados Unidos de utilizar la tortura ha tenido la consecuencia de una enorme auto administrada derrota, afectando a los simpatizantes liberales de Estados Unidos y convenciendo a otros de que el país es exactamente como sus enemigos lo describen: Una despiadada potencia imperial decidida a suprimir y maltratar a los musulmanes. Al elegir la tortura, elegimos libremente convertirnos en la caricatura que ellos tienen de nosotros.

8.

En la estela de los atentados del 11-S de 2002, Cofer Black, ex jefe del Centro Contraterrorista de la CIA y famoso por su línea dura, compareció ante el Comité de Espionaje del Senado y realizó el pronunciamiento del siglo: “Todo lo que quiero decir es que existe un antes y un después del 11-S. Tras el 11-S hay que quitarse los guantes”. En los días siguientes al atentado, esta frase se encontraba por todas partes. Los columnistas la citaban, los comentaristas de televisión alardeaban de ella, los interrogadores de Abu Ghraib la utilizaban en sus cables (“Frente a estos presos sobran los guantes, el coronel Boltz ha dejado bien claro que queremos a esos individuos rotos”.¹⁷

Fuera los guantes: tres simples palabras. Pero que expresan un pensamiento complejo. Porque si los guantes debían desecharse, ello significaba que antes de los atentados los guantes se utilizaban. Hay algo implícitamente exculpatorio en la imagen, algo que resultaba especialmente atractivo a los funcionarios de un Gobierno que mantenía en su punto de mira el atentado más letal de la historia del país. Si se produjeron los

¹⁶ Véase, "Statement on Military Commission Legislation: Remarks by Senator Barack Obama," September 28, 2006.

¹⁷ Véase mi *Torture and Truth*, p. 33.

atentados, nada tuvieron que ver con el hecho de que los servicios de espionaje no pasaran la información o no se les prestara atención o que aquellos altos responsables no se centraron en el terrorismo como amenaza principal. Debió suceder, al menos en parte, porque tenían los guantes puestos- porque tras las reformas a partir del Watergate de los años 1970, en las que el Congreso intentó poner límites a la CIA, a su libertad de montar acciones secretas con “desmentidos” y a dirigir espionajes en el interior y el exterior, y de forma ilegítima había restringido esos poderes presidenciales poniendo al país en peligrosos riesgos. No es casual que dos de los más poderosos funcionarios del Gobierno, Dick Cheney y Donald Rumsfeld, fueron jóvenes que prestaron servicios en cargos de importancia de los gobiernos de Nixon y Ford. Ellos habían sido testigos directos de la época de los guantes y, en las semanas posteriores a los atentados del 11-S, alegaron con ardor que fueron esas limitaciones- y, estaba implícito, no un fallo de no prestar atención a las advertencias- las que habían llevado, aunque indirectamente, a la vulnerabilidad del país contra los atentados.

Y así, después de unos atentados devastadores y sin precedentes, los guantes volvieron. Dirigidos por el presidente y sus más próximos asesores, Estados Unidos se transformó de un país que, oficialmente al menos, condenaba la tortura en un país que la practicaba. Y esta decisión fatídica, por mucho que lo deseemos, no va a desaparecer, de la misma manera que los catorce “presos de gran relevancia”, torturados e imposibles de procesar, van a desvanecerse. Como las terribles historias en el informe del CICR, la decisión está ante nosotros, un hecho tóxico que contamina nuestra vida política y moral.

Desde la toma de posesión del presidente Obama, los “procedimientos alternativos” del Gobierno precedente han tomado gran relevancia en la prensa, en particular en la televisión por cable, que raramente alcanzaron cuando se estaban utilizando en realidad contra los presos. Ese es el caso en particular de la asfixia controlada, que según el ex director de la CIA había dejado de utilizarse desde 2003. En su primer día en el cargo, el presidente Obama firmó órdenes ejecutivas que prohibían el uso de esas técnicas y creó grupos de trabajo para analizar las políticas del Gobierno relativas, entre otras, a la rendición, detención e interrogatorios.

Mientras tanto, los líderes del Congreso que habían mantenido el control desde 2006, iniciaron serias investigaciones. Los senadores Dianne Feinstein y Christopher Bond, presidenta y destacado miembro del Comité de Espionaje, anunciaron “una revisión del programa de detenciones e interrogatorios de la CIA”, para analizar, entre otros asuntos, “Cómo la CIA creó, desarrolló, y mantuvo su programa”, “evaluar la información obtenida por medio de las técnicas de interrogatorio de los servicios de espionaje” e investigar “si la CIA expuso con exactitud el programa diseñado de detenciones e interrogatorios a otros sectores del gobierno estadounidense”, en especial al “Comité de Espionaje del Senado”. Las comparecencias, según los informes, probablemente no serán públicas”.

En febrero, el senador Patrick Leahy, presidente del Comité de Asuntos Jurídico”, pidió la creación de lo que denominó “una comisión de investigación no partidista”, más conocida como el “Comité de la Verdad y la Reconciliación” para investigar “en qué forma nuestras políticas de detención y sus prácticas, desde Guantánamo a Abu Ghraib, habían erosionado principios estadounidenses fundamentales como el imperio de la

ley”. Dado que la comisión del senador Leahy pretendía por encima de todo investigar y publicar lo que se había hecho – “para restaurar nuestro liderazgo moral”, según dijo, “debemos conocer lo que se ha hecho en nuestro nombre”- ofrecería garantías de inmunidad a los funcionarios públicos a cambio de que sus testimonios fueran verídicos. No buscaba procesamientos y justicia sino conocimiento y transparencia: “no podemos pasar la página hasta que la hayamos leído”.

Muchos responsables de organizaciones de derechos humanos, que han luchado con valentía durante mucho tiempo para llamar la atención y aplicar la ley en estos asuntos, han rechazado rotundamente cualquier propuesta que incluya amplias medidas de inmunidad. Han exigido investigaciones y procesamientos de los funcionarios del gobierno Bush. Las opciones son complicadas y dolorosas. Por lo que sabemos, los altos responsables han actuado con apoyo legal de su Gobierno y bajo las órdenes de la suprema autoridad política: el presidente de Estados Unidos. Las decisiones políticas adoptadas por funcionarios electos han conducido a esos delitos. Pero la opinión, política, en el seno del Gobierno y, cada vez más según pasaba el tiempo, en el exterior, en cierta manera ha permitido que los delitos continuaran. Si hay una necesidad de procesar [a los responsables] también existe una necesidad vital de educación. Sólo una investigación creíble sobre lo que ha ocurrido y sobre qué información se ha obtenido puede empezar a cambiar los cálculos políticos sobre la tortura al remplazar la adhesión [temerosa] de la opinión pública a las bombas de relojería mediante la comprensión de lo que significa la tortura y de lo que Estados Unidos ha ganado, y perdido al recurrir a ella.

El presidente Obama, al declarar que “nadie está por encima de la ley y si existen claros indicios de que se ha hecho algo mal... los responsables deben ser procesados”, ha expresado también su decidida preferencia por “mirar hacia delante” en lugar de “mirar hacia atrás”. Uno puede entender esa opinión pero incluso algunas decisiones que ha adoptado ya su Gobierno- por ejemplo, en relación con los secretos de Estado- indican el alcance de que lo hecho por su predecesor va afectarle a él y a su Departamento de Justicia. Tengan en cuenta las inflexibles palabras, de Eric Holder, fiscal general, quien en respuesta a una pregunta directa durante su comparecencia [para optar al puesto] declaró “la simulación de asfixia es tortura”. No hay ambigüedad en esta afirmación- ni sobre las declaraciones igualmente terminantes de varios altos cargos del gobierno Bush, entre ellos el ex vicepresidente y el director de la CIA, que confirmaron con rotundidad que el Gobierno había ordenado y dirigido que los presos bajo su control fueran sometidos a ese tipo de tortura. Todos estamos viviendo en una terrible y permanente contradicción, que no es una contradicción sutil, de la misma manera que no lo son los hechos contenidos en el informe del Comité Internacional de la Cruz Roja. Hablando de la simulación de asfixia, Cheney afirmó que “no fue fácil para mí”. Ahora Abu Zubaydah y sus compañeros presos han dado un paso adelante, han salido de la oscuridad para unirse, corroborar y testificar sobre la veracidad del vicepresidente.